

*Por donde gotea la puerta vecina de las Vipsanias columnas  
y la piedra resbaladiza se empapa de la incesante lluvia,  
a un muchacho que pasaba bajo el arco escarchado  
el cuello atravesó una placa maciza de hielo invernal,  
que, tras ejecutar el cruel destino del desgraciado,  
derritióse cual frágil espada en la herida caliente.  
¿Qué hay que la violenta Fortuna no quiera permitirse?  
¿O dónde no está la muerte, si hasta vosotras, aguas, degolláis?*  
(Marcial, Epigramas, IV, 18)

Asistimos numerosos el pasado domingo en Founex a la despedida ginebrina y definitiva de Arnau, hijo primogénito de nuestros muy queridos colegas y amigos Miquel y María del Mar, muerto a los 34 años a raíz de un banal pero mortal tropiezo nocturno ocurrido en Sóller, Mallorca, el 8 de enero. Sus padres y hermana han hecho un esfuerzo, pese a su dolor y duelo, por dar un adiós digno a su hijo también allí donde creció y pasó sus mozos años.

Cuesta asistir a la despedida precoz de alguien en la plenitud de la vida. Abu l-Ala al-Maarri, el gran poeta y filósofo árabe de los albores del primer milenio (m. en 1057), dejó escrito sobre su tumba: “Este es la afrenta que contra mí cometió mi padre. Yo contra nadie la he cometido.” Al-Maarri, un hombre incrédulo torturado por la idea de la finitud, pensaba que traer hijos al mundo es un crimen y se abstuvo de hacerlo. Una idea repudiable, por cuanto tiene de negación de la vida, lo único que existe, salvo quizás para quien tiene que asistir al nacimiento, pero también, por imperativo de la pallida mors horaciana, a la muerte de un hijo, uno de los peores mazazos, de los muchos duros, (hay golpes en la vida tan fuertes, ¡yo no sé!, como decía Vallejo) que reserva la existencia, pródiga en infortunios y averías a medida que avanza uno en ella.

Apenas si lo conocí, pero me siento íntimamente acongojado, al borde de las lágrimas, pese al día espléndido y a la perfecta simetría de la sala, iluminada en sus cuatro costados por el cálido sol de invierno, y a la buena compañía que mueve un poco a una alegría fuera de lugar en cualquier acto fúnebre, y solo los vídeos y fotos que en el acto se pasan en bucle, en donde se ve al niño, al muchacho lleno de vida, al adolescente, hermoso, rebelde, algo gamberrete, buena persona, entusiasta, de mirada firme a la cámara, durmiendo, celebrando, eskateando, barbacoando, copeando, ennoviado, creciendo quizás en un mundo que no acaba de entender o aceptar, consiguen devolverme, como al resto de concurrentes, imagino, a la afirmación de la vida pese a todo, como proclaman las fotos y vídeos, en contra de lo que sería habitual en estos casos: los odiosos tanatorios, esas estaciones al más allá en donde el negocio y la nada se dan téticamente la mano, las ceremonias con armonio quejumbroso, mal tocado, y cantos desvaídos, el luto, las gafas oscuras de rigor, los horrendos nichos, estanterías tristes de los muertos.

Nos acercamos al lago y sus padres y amigos de juventud, que nos habían hecho reír hacía un instante contando emocionados sus anécdotas y travesuras juveniles, tras arrojar un puñado de sus cenizas al Leman, gritan su nombre al unísono sobre las aguas amansadas y especulares, con las montañas impasibles y brumosas a lo lejos, como sacadas de un cuadro de Hodler. Las aguas callan y el eco duerme a esa hora, salvo en nuestros oídos, donde el nombre de ¡¡¡¡¡Arnaaaaaaau.....!!!! cierra la despedida y el acto, correlato vital y laico de aquel “podéis ir en paz” de los tiempos de la iglesia dominical obligada. Nos alejamos lentamente de la orilla, en corros, tristes. Sobre el lago Leman empieza a caer el relente de la umbría vespertina.

Los griegos decían que los dioses quieren para sí a los mejores y se los llevan jóvenes. Puede que sea así, quién puede decirlo, cosas de los griegos. Quizás la vida se repite, llegada una edad, y no importe que sea larga o breve, sino que esté bien contada.

Me viene a la cabeza, siguiendo en vena latina, un hermoso epitafio, de una tumba en Spello, Umbría, la del joven Melanto, muerto, según canta la piedra, a los 14 años:

“Qui neminem offendit, nisi quod est mortuus.”

“El que a nadie hizo daño, salvo por haber muerto”.

Larga, eterna memoria a Arnau (1989-2024).